EL ALTAR DE ANTEPASADOS EN EL ORIGEN DE LAS CREENCIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES

María Antonia García Martínez/賈瑪莉

Tamkang univ. Departmemt of Spanish/淡江大學西語系 助理教授

【摘要】

傳統東方宗教的習俗之一是以食物供奉祖先，使其能受惠於食物之精神與能量，以避免其在物質世界之需求的突然性缺乏。而西方精神信仰之起源，也有類似習俗，如用喪禮之祭品，來幫助亡靈。

但大約兩千多年前，當許多重要的新宗教開始之後，東方持續保有此項傳統，但西方則不然。

【Abstract】

A present generalized tradition in the Eastern religions is to make offerings of food to the ancestors, for which they can assimilate its spiritual energy, aiming to avoid that leaving behind the material elements, basic for their vital development in this physical level, could be too sudden and traumatic. Also in the origin of the Western spiritual believes, provisions offerings were widespread to encourage the existence of the deceased.

After the new present religions had arisen, about two millennia ago, whereas in the East this practice has been preserved, in the West, has fallen in disuse and generally has been rejected.

【Key words 】

Comparative study of Eastern and Western civilizations. Spiritual practices. Funeral beliefs. Ancestor’s food offerings.

Es una costumbre actual generalizada en las religiones orientales, como expresión de servicio y respeto a los antepasados, hacerles ofrendas de distintos productos, mediante un altar de antepasados. Rogando el acuerdo de la voluntad divina, los miembros de la familia que aún permanecen en este mundo físico ofrecen alimentos y otros bienes materiales a sus difuntos, con el fin de que puedan asimilar la energía espiritual de los mismos.

La intención de dicho acto ritual, cuyo origen se remonta a épocas mitológicas anteriores a las actuales grandes religiones, es facilitar a los seres queridos el paulatino desapego de los elementos materiales que habían sido básicos para su desarrollo vital en este plano físico.

También en el origen de las creencias espirituales occidentales contábamos con altares de antepasados para alentar la existencia de nuestros difuntos en el nivel que hubiesen alcanzado tras la muerte, si bien, al haber adoptado la humanidad las religiones surgidas hace unos dos milenios, mientras que en Oriente se ha conservado dicha práctica, en Occidente ha caído en desuso.

Como uno de los ancestrales ritos y creencias universalmente compartidos en sus remotos orígenes, el estudio de las ofrendas a los antepasados resulta de gran interés para la investigación dirigida a explorar un tronco espiritual común de la humanidad.

Tras una ausencia de más de 2.000 años del rito entre nuestras concepciones, tal vez resultase inevitable para cualquier occidental preguntarse sobre la utilidad de ofrecer alimentos materiales a seres inmateriales.

En nuestro propio pasado cultural occidental abundan testimonios de la convicción de que no era el componente material de las ofrendas que los descendientes hacían lo que éstos confiaban en garantizar a sus antepasados. A modo de ejemplo, mientras se depositaban ofrendas para el difunto de una tumba egipcia de época faraónica, se dejaba en sus paredes una clara constancia escrita de la certeza de que nadie puede usar bienes materiales en el más allá: “nadie puede llevar sus bienes consigo en el más allá” (Dunand y Zivie-Coche, 1991: 179 ss.)

Esa aparente contradicción sólo parece admitir la interpretación de que el objetivo de las ofrendas del antiguo Egipto era muy parecida a la vigente intención del culto funerario oriental de procurar a los difuntos la energía inmaterial de las

sustancias, cuya naturaleza es similar a la condición alcanzada por los antepasados. Es incuestionable que dicha práctica funeraria implica la creencia en la prolongación de la vida más allá de la muerte. Se trata de un culto para los muertos, no de un culto a los muertos.

Desde los inicios de la civilización del antiguo Egipto, que tenemos bien documentados a partir del 3.000 a. C, así como desde épocas que podemos considerar prehistóricas en su cultura, uno de los aspectos fundamentales de la liturgia funeraria se centraba en la cuidadosa atención a las ofrendas de alimentos a los antepasados. Eran estas, desde el Imperio Antiguo (c. 2.700 - 2.200 a. C.), depositadas en las mesas de ofrendas de recintos situados en la parte anterior de las tumbas, habilitados como especiales lugares para ese tipo de comunicación espiritual entre vivos y muertos (Reeves y Wilkinson, 2002: 44 ss; Dunand y Zivie-Coche, 1991:159 ss; Hornung, 1999; Baines, Lesko y Silverman, 1991)

La complejidad de la religión egipcia ha hecho pensar que la importancia de la momificación era tal para los egipcios que estos creían que la supervivencia en el más allá quedaba condicionada a la preservación del cuerpo físico. No es así, ya que los textos de los muy diversos tipos de libros funerarios que conocemos dejan claro que, de acuerdo con sus concepciones, era el *ba* (Hornung, 1999) o alma del difunto, la que emprendía un viaje al más allá y, tras superar una especie de catarsis en un escenario asimilado al recorrido nocturno del sol, tenía lugar su unión espiritual con el dios supremo, Re, representado mediante el disco solar, quedando finalmente incorporada al cotidiano recorrido del astro y de su cortejo, en caso de haber superado un juicio ante el tribunal de Osiris.

De acuerdo con las concepciones egipcias, el sol, entrando por la boca de Nut, recorría el cuerpo de la diosa durante las 12 horas de la noche, hasta ser dado a luz cada mañana, en el horizonte Este. El viaje nocturno solar aparece meticulosamente descrito en abundantes textos funerarios, acompañados de detalladas representaciones de las 12 divisiones, generalmente puertas del más allá, situadas en el interior del cuerpo de la diosa del cielo, que se mantenía arqueado y apoyado sobre las manos, que tocaban el horizonte Oeste y los pies, en el horizonte Este (Hornung, 1999)

Estos libros funerarios pasaron por una larga evolución a lo largo de la

historia egipcia, de tal modo que los que en principio parecían concebidos para cumplir la función de ofrecer una serie de recursos y fórmulas orales a las almas, con el fin de que pudiesen superar las dificultades de su experiencia tras la muerte (Textos de las Pirámides, Textos de los Sarcófagos, Libro de los Muertos) fueron transformándose en verdaderos mapas descriptivos de la topografía del más allá (Libros de Amduat, de las Puertas, de las Cuevas, de las Cavernas, del Más Allá)

Tanto en ciertas etapas iniciales (algunos fragmentos del Libro de los Sarcófagos) como en las posteriores (Libros del Cielo, de Nut, del Día, de la Noche), la descripción mitológica coincidía con la astronómica, ya que para los antiguos egipcios ciencia y religión eran la misma cosa. Para mayor precisión, el objetivo más científico de la investigación era el estudio de la realidad espiritual y, a partir de ella, de las manifestaciones de la voluntad divina en los ámbitos médico, astronómico, matemático, etc. Por ello, junto al transcurso de la barca solar del dios Re, a la que los difuntos aspiraban a ser asimilados, aparecen los nombres de los 36 decanos celestes, así como de distintas constelaciones y planetas, reconocidos durante largas observaciones astronómicas y, en ciertos casos, una relación progresiva de las distintas posiciones y movimientos de los decanos, o grupos de estrellas, a lo largo del año (Hornung, 1999)

Esta especie de "guías para la eternidad", que en sus orígenes fueron concebidas para facilitar la renovación espiritual tras la muerte y la asimilación al curso del sol y de los astros a los reyes, pasó a ser luego privilegio compartido por los nobles y después por el resto de los mortales que pudiesen procurarse un ejemplar, o ciertos pasajes, inscritos en las paredes de sus tumbas o sarcófagos.

La importancia de la momificación, por tanto, no quedaba vinculada a la supervivencia del alma en el antiguo Egipto. Las sencillas ofrendas funerarias de alimentos, que aparecen documentadas desde Época Predinástica (c. 5.000 - 3.150 a. C.) en las modestas tumbas egipcias iniciales, pervivieron después en las monumentales mastabas, pirámides e hipogeos, a lo largo de toda la historia del Egipto antiguo y, en mi opinión, la momificación que se producía de forma natural como consecuencia del clima seco en los cuerpos enterrados directamente en la arena del desierto, pasó a ser intencionada a partir del Imperio Antiguo, de forma paralela a una cuestionable aspiración de apego al plano material y a los objetos de uso

cotidiano, que en distintas magnitudes se acumulaban en las tumbas, o como un temor a eliminar la posibilidad de retorno. Por las inscripciones de las tumbas, sabemos que, además de contar con la certeza de una asimilación al curso del sol y de los astros tras la superación de la catarsis de la muerte y del juicio ante el tribunal de Osiris, las concepciones egipcias pretendían la capacidad de entrar y salir libremente de la tumba, así como de movimientos y distintos tipos de influencias en el mundo de los vivos.

Con un enfoque basado en las convicciones más genuinas de distintas religiones orientales actuales, parece que tales aspiraciones egipcias serían más bien excluyentes entre sí, es decir, al liberarse el alma del cuerpo físico y tras una breve permanencia en el plano material, o bien continúa su natural evolución espiritual en otro nivel, o bien se detiene y retrocede en la misma al quedarse apegada a los bienes terrenales, en general, o a alguno de ellos en particular. Pero evitando juicios, dejemos abierta la posibilidad de que la intención egipcia de la momificación pudiese haber quedado restringida al breve periodo de libertad de movimientos en este plano físico que, según la tradición oriental, precede al abandono del mismo, si bien, la literatura egipcia ofrece varios ejemplos, como el cuento del Príncipe Satni, de que los apegos a la tumba y a los ajuares en ella depositados podían prolongarse durante periodos de tiempo considerablemente mayores.

En todo caso, coinciden las actuales religiones orientales en que la asimilación de la esencia inmaterial de alimentos es permitida, por cierta convención espiritual y vinculada a los objetos rituales adecuados, con el fin de facilitar el paulatino alejamiento de los bienes materiales y de minimizar el traumatismo que pudiese conllevar la tarea de superar de forma repentina, precisamente, ese apego al plano material, al que los antiguos egipcios parecían aspirar, o bien al que no estaban seguros de ser capaces de renunciar.

Hay que añadir que, con el fin de asegurarse las ofrendas funerarias de alimentos, quizás temiendo algún descuido familiar en la provisión de las mismas, o una corta pervivencia de descendientes, los egipcios recurrieron a un sistema más organizado y dejaban la responsabilidad en manos de sacerdotes retribuidos que cumplían dicha misión. Con el tiempo, y en vista de los muy frecuentes robos de ajuares funerarios, las ofrendas de alimentos auténticos pasaron a ser sustituidas por representaciones de los mismos en las paredes de las tumbas, en la confianza de que

el objetivo final pudiera ser así igualmente alcanzado, si bien no contamos con la certeza de que dicha evocación mágica excluyera un simultáneo depósito de sustento material.

Respecto al segundo pilar en el que, simultáneamente al egipcio, se basan los orígenes de la cultura occidental, el más allá era concebido de distintos modos por las diferentes culturas que se sucedieron en Mesopotamia. Entre todas ellas también está bien documentada la generalizada práctica de ofrendas funerarias de alimentos, aunque sus enterramientos, salvo excepciones, solían ser más modestos que los egipcios. El heredero, de acuerdo con una larga tradición, debía proporcionar alimentos a sus antepasados, con el fin de ayudarles a aceptar la condición inmaterial de sus vivencias tras la muerte y a abandonar su anteriormente cotidiana dependencia de sustento físico. Esa probablemente fuese una de las razones por las que los babilonios aspiraban con gran empeño a tener un hijo legítimo o adoptado (Klima,1983: 176 ss; Kramer, 1963; 1961; 1960; 1959).

En Época Helenística, los griegos de Egipto asimilaron de muy buen grado las costumbres funerarias egipcias, e igualmente lo hicieron luego los gobernantes romanos cuando el país pasó a convertirse en provincia del Imperio, de acuerdo con los abundantes testimonios que nos han proporcionado las necrópolis de esas épocas. Así, mientras en las inscripciones de las tumbas se alude al paraíso griego, Hades, tenemos ejemplos de estelas funerarias que muestran a un difunto griego momificado y sentado ante una mesa de ofrendas de alimentos (Dunand y Zivie-Coche, 1991: 314 ss.)

También los cristianos de Egipto adoptaron luego la costumbre tradicional del país de momificar a los difuntos y, relacionando ésta con su credo religioso, en ocasiones escribían en las vendas que envolvían a los cuerpos fallecidos frases atribuidas a Jesucristo, sobre la esperanza en una futura resurrección (Dunand y Zivie-Coche, 1991: 324 ss). Además de usar el símbolo egipcio de vida, *anj*, a modo de cruz cristiana, no solamente organizaban comidas funerarias, compartiendo alimentos con el difunto, sino que asimismo celebraban el banquete eucarístico al lado de las tumbas. El arraigo de la costumbre entre los cristianos de Egipto queda aludido en una Regla de Basilio de Cesarea que, en el siglo IV de nuestra era, hacía pública la condena de la misma, añadiendo "Sé muy bien que hemos tomado esa costumbre de los habitantes de Egipto..." (Dunand y Zivie-Coche, 1991: 326 ss.)

Fuera de Egipto, los griegos no demostraron interés en la conservación física de los fallecidos y, por el contrario, en muchas ocasiones optaban por su cremación, pero consideraron esencial el rito de ofrendas de alimentos, como forma de evitar el desasosiego de los antepasados y de procurar paz a su alma. Así fue también observada la costumbre entre los cultos mistéricos griegos heredados de Egipto, cuyos fieles observaban, aún en vida, ritos iniciáticos y ascéticos orientados a su preparación para ser juzgados tras la muerte (Cors, 1989: 79 ss; Boardman, 1971; Rohde, 1973; García López, 1975).

Tan arraigada estaba la práctica de las ofrendas funerarias a los difuntos entre los ciudadanos de Roma, tanto cristianos como fieles al panteón romano, que un buen conocedor del tema como Février, estudiando dicha costumbre entre las comunidades cristianas del siglo III d. C, ha dicho que durante siglos el culto pagano de los muertos fue un elemento común con el cristianismo (Février, 1978: 211 ss.) De este antiguo hábito derivó luego el *refrigerium*, o banquete que se celebraba sobre las tumbas, especialmente las de los mártires, y que estuvo enormemente extendido en Occidente. San Agustín, habiendo comprobado dicha práctica en abundantes tumbas cristianas, incluyendo la de San Pedro, reconocía con San Jerónimo que no era posible abolir ciertos usos paganos, pues los convertidos al cristianismo no renunciaban a sus hábitos, especialmente a los funerarios (Quasten, 1940: 252 ss; Teja, 1989-1990: 809 ss; Teja, 2005: 219 ss.)

De modo similar al cristianismo, las tradiciones judías e islámicas renunciaron a incorporar a sus ritos la universal práctica de las ofrendas funerarias, considerando respectivamente a sus propias concepciones religiosas como única fuente de verdad. Por el contrario, las actuales grandes religiones orientales se han mostrado más abiertas, tanto a la asimilación de la herencia espiritual previa a su propio credo, como a los préstamos y sincretismos entre sus prácticas.

Hay que añadir que, aún habiendo ofrecido una breve constatación en este artículo de la presencia del rito de ofrendas funerarias a partir de las culturas de Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma, como orígenes de nuestra civilización occidental, un culto de los antepasados generalizado muy similar al detallado está arqueológicamente bien documentado entre otras comunidades europeas y asiáticas cuyas raíces se pierden en épocas prehistóricas y que, en base a elementos lingüísticos

y culturales compartidos, denominamos indoeuropeas (Villar, 1996: 122 ss.) Las referencias históricas más recientes, contemporáneas a varias de aquellas comunidades, son griegas y romanas. Diodoro Sículo, por ejemplo, decía que los celtas creían que el alma es inmortal y que, transcurrido cierto tiempo tras la muerte, podía volver a habitar en un nuevo cuerpo físico, idea de reencarnación que era parecida a la de Virgilio (Green, 1997: 212)

Quedan sin comentar, por otra parte, las ofrendas funerarias practicadas por un extraordinario número de mayores y menores culturas africanas, americanas y europeas, ya que los límites de este artículo han quedado fijados en la evolución de las concepciones espirituales de las culturas consideradas como base de la actual civilización occidental y de sus vigentes creencias religiosas más generalizadas. Sean de la talla de las grandes civilizaciones precolombinas, o menos complejas, como las correspondientes a un gran número de otras comunidades americanas y africanas, muchos de los pueblos que las desarrollaron han jugado un importantísimo papel en la evolución de la historia de Occidente, si bien sus antiguos conocimientos y concepciones espirituales no han sido base predominante del patrimonio cultural occidental vigente, aunque algunas de ellas hayan continuado vivas hasta hoy.

Las ofrendas funerarias, en cualquier caso, también fueron generalizadamente practicadas entre los pueblos que desarrollaron las grandes culturas precolombinas y entre el resto de comunidades nativas americanas (May, 1998; Girard, 1977; Lucena, 1989; Krickeberg, 1980; Erdoes, 1997; Sherman, 1996)

Quedan omitidos los detalles relacionados con las ofrendas funerarias vigentes en las grandes religiones orientales, pues este artículo ha sido diseñado como ponencia para ser presentada en un congreso organizado por la Universidad Tamkang de Taipei, ámbito oriental en el que estamos bien habituados a la presencia cotidiana de dicho rito, si bien, las obras generales que cito en la bibliografía pueden ofrecer una orientación a lectores occidentales menos familiarizados con dicha tradición, actualmente viva y muy practicada en Oriente (Whittaker ed., 1997; Faurot, 1995; Anesaki, 1996; Davis, 1992; Pattanaik, 2003; Braziller, 1962; Birrel, 1993; Kramer (ed.) 1961; Mourre, 1961; Bonnefoy, 1993; Finegan, 1952; Guirand y otros, 1971)

本論文於 2006 年 7 月 12 日通過審查。

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anesaki, 1996: *Mitología Japonesa*, Barcelona

Baines, Lesko y Silverman, 1991: *Religion in Ancient Egypt*, Londres

Bierlein, 1994: *Parallel myths*, Nueva York

Birrel, 1993: *Chinese mythology*, Londres

Boardman, 1971: *Greek burial customs,* Nueva York

Bonnefoy, 1993: *Asian mythologies*, Chicago y Londres

Braziller, 1962: *Induism*, Nueva York

Cors, 1989: Les concepcions funeràries gregues i les seves relacions amb les egípcies, *Egypte i Grècia*, Barcelona

Davis, 1992: *Myths and legends of Japan*, Londres

Dunand y Zivie-Coche,1991: *Dieux et hommes en Égypte*, París

Erdoes y Ortiz, 1997: *American Indian myths and legends*

Faurot, 1995: *Asian Pacific folktales and legends*, Nueva York

Février, 1978: Le culte des morts dans les communautés chrétiennes durant le IIIe siècle, *Atti del IX Congresso Internazionale di archeologia cristiana*, *1975*, Roma, 1978

Finegan, 1952: *The archaeology of world religions*, Nueva Yersey

García López, 1975: *La religión griega*, Madrid

Girard, 1977: *Origen y desarrollo de las civilizaciones antiguas de América*, Méjico

Green, 1997: *Dictionary of Celtic myth and legend*, Londres

Guirand y otros, 1971: *Mitología general*, Barcelona

Hart, 1986: *A dictionary of Egyptian gods and goddesses*, Nueva York

Hornung, 1999: *The ancient Egyptian Books of the Afterlife*

Klima, 1983: *Sociedad y cultura en la Antigua Mesopotamia*, Madrid

Kramer (ed.) 1961: *Mythologies of the ancient world*, Nueva York

Kramer, 1959: Sumerian literature and the Bible, *Studia Biblica et Orientalia*, 3, Roma

Kramer, 1960: Sumero-Akkadian Interconections: Religious ideas, *Genava*, 8

Kramer, 1961: Mythology of Sumer and Akkad, *Mythologies of the ancient world,* Nueva York

Kramer, 1963: *The Sumerians. Their history, culture and character*, Chicago

Krickeberg, 1980: *Mitos y Leyendas de los Aztecas, Incas, Mayas y Muiscas*, Méjico

Leeming, 1992: *The world of myth*, Nueva York

Lucena, 1989: *La América Precolombina*, Madrid

May, 1998: *Antiguos mitos americanos*, Madrid

Morenz, 1992: *Egyptian Religión*, Nueva York

Mourre, 1961: *Les religions et les philosophies d´Asie,* París

Pattanaik, 2003: *Indian Mythology. Tales, symbols and rituals*, Estados Unidos (sin especificar)

Quasten, 1940: Vetus superstitio et nova religio. The problem of refrigerium in the ancient church of North Africa, *Harvard Theological Review,* 33

Reeves y Wilkinson, 2002: *The Complete Valley of the Kinas*, Londres

Rohde, 1973: *El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Barcelona

Sherman, 1996: *Indian tribes of North America*

Teja, 1989-1990: Prácticas de la ofrenda votiva del paganismo al cristianismo. La prohibición del "refrigerium" en Milán y Roma, *Scienze dell´Antichità. Stora, Archeologia, Antropología*, 3-4

Teja, 2005: *El Concilio de Elvira y su tiempo*, Granada: 219 ss. (Sotomayor y Fernández Ubiña, coordinadores)

Villar, 1996: *Los Indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid

Whittaker ed., 1997: *An introduction to Oriental mythology,* Londres

Wilkinson, 2003: *Todos los dioses del Antiguo Egipto*, Madrid